

## VERSUS, EL POEMA LIBERADO

Érase que se era un gnomito callado. Era tan pequeño y opaco, tan menudo y vivarachuelo, que solo corría y saltaba por todos los rincones del bosque. El gnomito de mi cuento se llamaba Versus, Versus el Poema Liberado.

Nació entre paredes acristaladas con bellos ventanales, unas eran azules mareas perdiéndose entre rojos arrecifes de colores, y otros eran verdes valles, que cada amanecer, teñían a las misteriosas montañas anaranjadas. Las paredes del castillo eran muy altas, eran tan estrechas y brillantes, que los azulejos los contabas de ocho en ocho y de once en once.

Mi gnomito tenía un padre y una madre, como todo protagonista de cuento que se precie. Su padre era Alejandrino III, rey de los elfos. Cuando su hijo nació estaba extasiado, tan plétórico de alegría, que mandó construir para él un rítmico soneto de aposento. Y también tenía una hermosa madre, era la Bella y Consonante Lira I de las Hadas del Este. Lira I dio a luz una fría mañana del mes más metafórico del año, y cuando pusieron a su hijo en su regazo y contempló por primera vez su rostro, sufrió al ver que había nacido con la cara libre de rasgos:

“¡ Pobre hijo mío, ha nacido sin el metro bajo el brazo!”

Versus creció entre verdes jardines, entre las altas paredes estrechas y brillantes del palacio supremo. Creció entre hipérboles, aliteraciones y metonimias. Jugó siempre vigilado por los ojos inquisidores de su padre y los expectantes presentimientos de su madre. Era aún pequeño cuando se cumplió el vigésimo aniversario del país POESIA y nuestro menudo personaje no sabía lo que eso significaba.

No tenía todavía los once años necesarios para poder acudir a la fiesta, pero convenció a Alejandrino III para que le permitiera asistir:

“¡ Oh, padre! déjeme acudir a la fiesta, prometo portarme correctamente!”.

“ Está bien, pero prométeme que escribirás algo para mí”

“ Gracias, gracias ¡ escribiré algo para usted, y le aseguro no defraudarle”.

Y era una fiesta fantástica, una fiesta maravillosa, que estaba llena de tercetos y cuartetos, repleta de cuartetos, de caretos liberados al son de un pareado, al son de una sonata que sabía a seguidilla.

Y nuestra fiesta se engalanó con trombones, violines y avutardas, se llenó de rimas y estrofas, de tragones empedernidos esperando la cena de sinalefas, de ritmos y sonidos.

Versus se vistió para la ocasión, eligió un modelo diseñado por el mismísimo “Don Francisco de Quevedo”, pero él, nuestro diminuto y menudo personaje no se daba cuenta de nada.

Ensayó a conciencia su obra, sabía que era una buena ocasión para dar a conocer sus